

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

RESULTADOS SATISFACTORIOS

Cuando, apenados de ver las privaciones que el pobre obrero sufre por lo escaso de su jornal y los males sin cuento que, por otra parte, le causan las lecturas anticristianas, pensamos en la fundación de EL AMIGO DEL POBRE, destinándolo á difundir el bien y á proporcionar al necesitado algún recurso con que aliviar su triste situación; la verdad, no creímos ni por un momento que este modesto papelito iba á alcanzar protección tan decidida y valiosa como la que al solo anuncio de nuestros propósitos se le ha dispensado. Confiábamos, sí, en la ayuda de determinadas personas, en ir viviendo nada más, pero, repetimos, jamás en lo que nuestros ojos vienen estos días contemplando en los libros de suscripción.

El rico, el pobre, el creyente, ¡hasta el descreído!, el que á mucho bueno coopera, como el que no acostumbra á suscribirse á nada, Sociedades recreativas y de instrucción, fábricas importantes, figuran en nuestras listas con su limosna correspondiente; es más, algunos industriales y no pocos obreros, se nos han ofrecido de muy buena voluntad para propagar esta publicación entre sus operarios y compañeros de trabajo. En todos hemos notado ansias de practicar el bien, de trabajar de verdad por la regeneración social.

Para la propaganda gratuita entre la clase trabajadora, ya lo hemos dicho en el número anterior, hasta la fecha sólo facilidades se nos han dado; de quien por razón de su modo de pensar esperábamos algún desaire, tuvimos el consuelo de oír estas palabras:

—Esos números para aquí son pocos; traigan ustedes más todas las quincenas.

¡Dios pague tanta generosidad! ¡Dios colme de felicidades, aun en este mundo á esos corazones bondadosos!

Y vamos ahora á lo que en el primer artículo de nuestro primer número dejamos nada más que apuntado.

EL AMIGO DEL POBRE no solamente

te quiere demostrar á éste su amistad, su cariño, instruyéndole en lo que más le importa conocer y entender, sino que además busca el modo de socorrerle, en lo posible, en sus necesidades temporales, para lo cual, siempre que en nuestras liquidaciones resulte algún sobrante, éste habrá de repartirse entre familias pobres.

Desde luego, y en vista de cuanto dejamos expuesto, para el mes próximo, dedicado al humilde carpintero de Nazaret, el glorioso San José, haremos la primera distribución, por sorteo, en el día y lugar que oportunamente se anunciará.

¡Adelante; á trabajar todos, cada cual en lo que esté de su parte, por el bien espiritual y temporal del pobre obrero!

La tarea más difícil de desempeñar

CUENTO RUSO

El marido y la mujer discutían á menudo sobre cuál de los dos tenía una tarea más difícil que desempeñar en el hogar: el hombre decía que él, y la mujer pretendía lo contrario.

Un día de verano cambiaron sus ocupaciones; la mujer se fué al trabajo del campo, y el marido quedó á cargo de la casa.

¡Fíjate bien! dijo la mujer al irse: suelta á tiempo las vacas y los corderos; da de comer á los pollos, y ten cuidado que no se pierdan; ten pronta la comida antes de mi vuelta, prepara la masa y bate la mantequilla; sobre todo no te olvides de moler el mijo.

Dió, pues, la mujer todas las órdenes necesarias y partió.

Antes de que el mujik hubiese siquiera pensado en soltar el ganado, los animales estaban lejos, y con gran trabajo consiguió alcanzarlos.

Volvió á la casa, y para impedir que se perdiesen los polluelos, los amarró á todos de una pata, y enseguida los amarró á la pata de la gallina.

Se había fijado en que su mujer molía el mijo y á la vez amasaba: quiso hacer lo mismo; empezó, pues, á amasar y á moler, y para poder batir la mantequilla casi al mismo tiempo, se amarró á la cintura la olla con la crema, y se dijo: «Cuando esté molido el mijo, la mantequilla estará lista.»

Apenas había empezado el mujik su tarea, cuando oyó gritar á la gallina «¡Kiriki-kí!» y piar á los polluelos; trató de ver qué era lo que pasaba en el corral, y tropezó, quebrando la olla con la crema: sin embargo, se precipitó al corral y vió que un águila se llevaba un polluelo y con él todos los

demás, incluso la gallina: mientras que el mujik permanecía con la boca abierta mirando, un puerco penetró en la cocina, derramó al suelo la masa y se puso á devorarla; otro puerco se aseguró del mijo; entre tanto el fuego se apagó.

Cuando entró el mujik, á la vista de tantas calamidades, no supo qué hacer, sino tomarse la cabeza con las dos manos.

La mujer, viendo á su llegada vacío el corral, saltó del caballo y entró en la choza, diciendo:

—¿Dónde están los pollos y la gallina?

—Un águila se los llevó; yo los había amarrado unos con otros con la gallina para que no se extraviasen, y un águila enorme se los llevó.

—¿Está pronta la comida?

—¡La comida! cuando no hay ni fuego.

—¿Y la mantequilla? ¿la batiste?

—No, porque al ir al corral tropecé, y la olla se quebró, y los perros se comieron la crema.

—¿Y esa masa esparcida por el suelo?

—Esos malditos chanchos, que entraron aquí mientras yo estaba en el corral, se comieron el mijo é hicieron pedazos la masa.

—¡Qué bien has trabajado! dijo la mujer; yo he concluido de trabajar mi campo, y estoy de vuelta bien temprano.

—¡Ah, que gracia! allá solo hay una cosa que hacer, mientras que aquí es preciso hacerlo todo á la vez; prepara esto, cuida aquello, vigila lo otro y piensa en todo; ¿cómo puede hacerse tanto?

—Sin embargo, yo lo hago todos los días: bueno, pues, no vuelvas á discutir y á decir y repetir á cada instante que las dueñas de casa no tienen nada que hacer.

(H. de O.)

LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

Ayer.—Allá, por los tiempos del *oscurantismo*, por los siglos XVI, XVII y XVIII, llegaron á contarse en España hasta treinta y ocho Universidades.

Y la mayor parte fundadas por Obispos, por sacerdotes y por Reyes *enemigos* de la cultura pública, de la enseñanza y de la civilización.

Y todas ellas vivían con rentas propias y daban enseñanza gratuita sin necesidad de matrículas pagadas, lo mismo al hijo del pobre y del humilde menestral, que al hijo del prócer ó del acaudalado burgués, como ahora se dice.

Y en dichas Universidades se daban además libros de texto á los alumnos pobres que no podían pagarlos.

Y se dió el caso, según estadísticas, que solo en los primeros veinticinco años del siglo XVII, acudieron á sus aulas la friolera de cuarenta y dos mil alumnos.

Hoy.—Ogaño han cambiado las cosas radicalmente.

En este siglo XX, de ciencia, de progreso y de libertad en que vivimos, aquellas treinta y ocho Universidades se han reducido á diez.

Que viven pobremente con la mezquina dotación que les asigna el Estado, pues aquellas pingües rentas con que antaño se sostenían libres y prósperas, se las llevó el diablo en forma enciclopédica.

En cambio las matrículas cuestan un ojo de la cara y son parte del redañón los infinitos libros de texto que hoy se usan, porque, según la conocida frase, «cada maestrillo tiene su librillo», y hay más librillos que maestrillos, porque hay quien los hace a docenas, no para enseñar, porque la mayoría de esos libros nada nuevo enseñan, sino para lucro de sus autores ó para ayudar á la vida insostenible para muchos con lo escaso y miserable de los sueldos que perciben.

Y como las matrículas cuestan tanto, y más los libros, resulta que para los pobres se han cerrado las puertas de las Universidades, quedando abiertas únicamente para los hijos de los privilegiados, de aquellos que pueden disponer de una buena fortuna para darles carrera.

Y así se ve que, siendo hoy la población de España mayor que lo era en aquellos otros siglos, basten y sobren diez Universidades oficiales para dar instrucción científica superior á la juventud española.

¡POBRES OBREROS!

En gracia á las muchas y saludables enseñanzas que encierra el presente artículo que copiamos de La Lectura Dominical, nuestros lectores nos dispensarán la extensión del mismo.

Ellos tienen razón cuando dicen que en último término nadie más que ellos paga los vidrios rotos. Se quejan de su mala fortuna, de la escasez de sus medios de subsistencia, de lo rudo de su trabajo, de los peligros de muchos oficios, de la codicia de muchos patronos, del contraste irritante que ofrecen las moradas suntuosas de los ricos con las miserables viviendas de los trabajadores, y sus quejas son fundadas, porque ¿quién duda de la razón con que el hambriento se lamenta de su hambre, y el desnudo y el desamparado de la triste condición á que los redujo lo ruin de su jornal ó lo poco lucrativo de su arte?

Sí, tienen razón los obreros. Ellos en sus andamios, en sus talleres, en sus fábricas, apenas ganan para mantener una existencia bien poco apetitosa, mientras un agente de Bolsa por intervenir en las operaciones de compra y venta de valores mobiliarios se hace rico en pocos años; un gestor de negocios gana miles de duros en un asunto de importancia; un abogado cobra un capital por una testamentaria de consideración; un médico percibe miles de pesetas por visitar inútilmente á un enfermo crónico incurable, y un ingeniero tiene, sobre su sueldo, dietas muy respetables por salir al campo á hacer expediciones que casi siempre son más agradables que molestas. Sí, es verdad; unos trabajan mucho y ganan poco, otros trabajan poco y ganan mucho: no hay remuneración equitativa en los trabajos de unos y otros. La misma labor literaria y artística, que supone una aptitud muy superior en el orden espiritual á la de casi todas las profesiones liberales y serviles, aunque tengan fundamentos científicos, ¿puede compararse en sus resultados á los de una casa de banca ó de comisión ó á los de un simple comercio de cereales ó de maderas? La *Divina Comedia*, el *Quijote* ó el *Pasmo de Sicilia*, ¿produjo á sus autores lo que á un preñero le producen los muebles viejos que compra y vende ó

lo que gana un consignatario de barcos cargados de mineral ó de guano ó de esparto ó de uva?

Dicen bien los obreros cuando dicen que hay grandes injusticias sociales en el reparto del sudor y del pan. Sí; en efecto: á unos les ha tocado mucho sudor y poco pan, á otros les ha tocado mucho pan y poco sudor. Pero en primer lugar, no son ellos las únicas víctimas de esa injusticia: artistas, literatos, genios dedicados en la soledad de su laboratorio á la investigación de nuevos secretos de la naturaleza ó de nuevas aplicaciones de las fuerzas conocidas, tienen un precio intrínseco mucho más elevado del que en la plaza les marca la cotización oficial. Valen inmensamente más de lo que ganan, y hasta cuando llegan á la cumbre del éxito, y se llaman Edison, no pueden competir en los frutos de su talento con los que recogen los reyes del acero, del petróleo, del azúcar, del trigo ó de la carne del cerdo.

En segundo lugar, ¿no ven los pobres obreros que aún mayor que la injusticia del reparto de los bienes de la tierra y de la remuneración del trabajo personal es la crueldad con que los tratan los mismos que, llamándose sus apóstoles y maestros, no hacen como el Maestro divino y los apóstoles cristianos que dieron con su sangre testimonio de su doctrina, sino que se ponen en cobro y dejan que testifique la sangre ajena de lo que ellos enseñaron y escribieron?

Lo que está sucediendo en Rusia, imagen agrandada de lo que ha sucedido y sucede de vez en cuando en otros países más europeos, es horrible, y verdaderamente plasma al cielo.

Las grandes ciudades del Imperio han sido teatro de escenas espantosas. A centenares han caído muertos ó heridos en medio de la calle los que, por conseguir una libertad que no comprenden, han apelado á la rebelión, á la huelga y al asesinato.

Entre las gentes que defienden el orden y el poder constituido se cuentan no pocos muertos ilustres. Las bombas de los rebeldes han buscado con terrible acierto las entrañas de duques, generales, gobernadores, etc., para hacerlas saltar por el aire como trofeo victorioso de un pueblo que quiere ser liberal. En cambio, ¿cuántos conspicuos de la otra parte han expuesto su vida por la libertad? ¿Cuántos han sido cañoneados en Petersburgo, en Moscov, en Odessa, en Varsovia, en Finlandia? Esos señores, ya príncipes como Kropaktine, ya popes como Gapon, ya literatos y condes como Tolstoi, que son los verdaderos causantes de la conmoción rusa, de la actitud rebelde de los obreros y de los fusilamientos y asesinatos con que recíprocamente se exterminan revolucionarios y autocráticos, ¿dónde están? Unos en el extranjero atizando el fuego, otros en su casa escribiendo nuevos libros demoleedores, es decir, fabricando nuevos explosivos para que los demás revienten con ellos. Ninguno está en la calle exponiendo el pecho á las balas y á los sables de los cosacos.

¡Pobres obreros! ¡Infelices y desdichadísimos obreros! Siempre y en todas partes han de ser ellos los que estén á las duras para que luego sean otros los que disfruten de las maduras.

Y de esto no se quejan los ilusos, los engañados, los eternamente seducidos. Guardan sus lamentos para maldecir de los capitalistas que tantas veces exponen su dinero y lo pierden y se arruinan por establecer una industria que, por de pronto, solo da de comer á los obreros. Piden á gritos más equidad en la distribución de lo que se come, de lo que se viste y de lo que se goza. Rugen cuando tiritan de frío,

mientras ven salir por lo alto de las chimeneas la tenue columna de humo que indica que debajo de aquellos techos hay un fuego confortante, habitaciones de temperatura primaveral, en cuyo ambiente dormita su aburrimiento una dama linajuda ó estimula el peligroso y deprimente bienestar de los sentidos un obeso prócer del chocolate ó de los *water-closetts*.

Mas ¡pobres gentes! no reservan ni una frase de protesta ni un gesto de indignación contra aquellos villanos que les han llenado la cabeza de ideas subversivas y el corazón de veneno para arrojarlos luego al medio de la calle á combatir contra los fusiles y cañones del autócrata, y á morir estúpidamente con la esperanza de que recogerán el fruto de su sacrificio... sus hijos? ¿sus mujeres? ¿sus nietos?... No: sus maestros, los instigadores de la huelga y de la rebelión, los que, cuando suene la hora del triunfo, serán diputados, y ministros, y embajadores, y personajes de la misma corte de que hoy abominan, mientras los pobres obreros supervivientes y sus mujeres, sus hijos y sus nietos continuarán trabajando con un jornal escaso, helándose de frío en invierno, abrasándose los sesos en verano, comiendo mal, durmiendo sobre un lecho de paja, siempre abajo, siempre desposeídos de la herencia de goces á que ellos creen tener derecho según el evangelio de sus despreciables y falaces pedagogos.

¡Pobres obreros! ¡Cuántos han caído en las calles de las grandes poblaciones de Rusia, y cuántos cayeron antes en nuestras barricadas, en nuestras contiendas civiles en nuestros pronunciamientos! y, sin embargo, nunca han clamado tanto como hoy contra las injusticias sociales, nunca se han sentido tan furiosos, tan desesperados, tan faltos de solidaridad y de apoyo para el bien, y tan propicios y fáciles para concertarse en la realización de los crímenes más atroces!...

¡Pobres obreros! Más hambrientos y más carne de cañón que cuando vivían en la mal llamada servidumbre, y aun en la esclavitud misma, se contentan con el derecho de blasfemar en el mitin, de amenazar en la plaza pública, y no consideran que ni con amenazas ni con blasfemias se pone un pedazo de vaca en el puchero y un poco de paz y de esperanza en el corazón atribulado.

¡Pobres obreros! Los ahuyentaron de las apacibles llanuras del Evangelio y han caído en los abismos de la anarquía. Allí vivían como pobres, honrados y tranquilos: aquí viven como fieras y mueren como desesperados, y tal vez se condenan como réprobos.

Christián.

QUEJARSE SIN RAZÓN

Un hombre quejándose de su suerte, decía:

—Dios le da á otros riquezas y á mi nada. ¿Cómo podré vivir si nada tengo?...

Y un viejo que le escuchaba le contestó:

—No eres tan pobre como crees, puesto que eres joven y tienes salud.

—No digo que nó; antes al contrario, puedo estar orgulloso de mi salud y de mis fuerzas.

—Vamos á ver, añadió el viejo, cogiéndole de la mano derecha: ¿te dejarías cortar esta mano por mil duros?

—¡Ciertamente que no!

—¿Y la izquierda?

—Tampoco.

—¿Y consentirías en quedarte ciego por diez mil duros?

—¡Dios me libre! Por todo el oro del mundo no daría yo uno de mis ojos.

—Pues mira si Dios te ha dado riquezas y sin embargo te quejas.

Cuento verde.

La verdad es que temía encontrarme con mi amigo; siempre me tenía la misma monserga, y ya, realmente, me molestaba.

Pero he aquí que ayer le veo atravesar la calle, quiero eludir el golpe. y zás... viene flechado hacia mí.

—¡Hola chico! ¿Qué te haces?—me dice.

—Ya ves; pasear, perder el tiempo; ¿y tú?

—Yo, chico, me divierto de lo grande. Ahora recibo unos cuentos que vienen no sé de dónde, con los cuales paso los mejores ratos.

—Y, dime, ¿de qué son esos cuentos?

—¡Qué cosas tienes! Mira la muestra; ¿quieres suscribirte?

—...Pero, hombre, si esto es una infamia; ¿cómo te atreves á gastar el tiempo en estas lecturas? ¿No ves que te envenenan y perjudican?

—¡Bah, bah! ¡Tus cosas siempre resultan de un retrógrado de primera fuerza; de un clerical...!

—¿Por qué me dices eso?

—Pues sencillamente, por tu aversión á todo lo que es corriente, á todo lo que es propio; ¿entiendes...? En fin, te repito lo de siempre: Eres un carca, y no sabes más que ir por agua bendita á la iglesia; ¿sabes...?

—¡Qué cosas tienes, amigo! De modo, que soy retrógrado y clerical porque te digo que esas lecturas no son propias de hombres dignos.

—Por lo que sea, chico, y ten entendido que ni tú, ni ninguno de los que piensan como tú, sabeis una palabra de estos achaques; ¿sabes?

—Explícame, hombre; explícame y sabré.

—Mira, ¿ves este cuento verde? ¿Ves esta estampa...? Pues así que leo y remiro todo cuanto ello contiene, busco oportunidades para ilustrar al descuido á amigos y amigas. Dejo el libro abierto en mi cuarto y lo ve la criada; ¿entiendes...? Otras veces voy al taller, y aprovechando la amistad de un conocido, lo enseñamos á las chicas; ¿sabes...? En fin, lo grande, chico; lo grande, nos divertimos... y siempre algo se va ganando.

—Te repito, amigo, que eso es una infamia...

—Y yo te digo otra vez que eres un retrógrado...

—Parece mentira, hombre, que siendo tu madre y tu hermana tan buenas, hayas tomado tú esos caminos que seguramente no te conducirán á nada provechoso. Adiós, amigo, adiós; ya sabes que obras mal.

—¡Claro, si para obrar bien es necesario ir rezando *Padre nuestros* y estar siempre pensando en el Purgatorio! ¡Adiós, neo!

Dejé á mi amigo; pero tuve una idea salvadora, y volví á encontrarle.

—Mira, le dije, dame el libro; te lo compro...

—¡Hola! ¿Ves como te he conquistado? Pues así conquistó y atraigo á las obreras del taller, ¿sabes?

—Sí; dámelo pronto, que he pensado en una mujer hermosa é inocente, y voy á engañarla. Aprovecharé la amistad que tengo en la casa, me introduciré, y así, como tú dices, al descuido, verá estampas y la *ilustraré*. En fin, pienso también divertirme.

Pero al alargarme el libro funesto, el cuento verde, se detiene.

—¿Y quién es esa mujer? me dice.

—No puedo contestarte; esas cosas son secretas...

—Dímelo, por tu vida; exclamó algo turbado mi amigo.

—Aproxímate, que no nos oiga nadie.

—Esa mujer á quien pienso pervertir, es... ¡tu hermana!

—¡Mi hermana, no! replicó lleno de colera, y alzó precipitadamente el libro.

—¡Miserable! ¿Y esas amigas que tú dices, esas criadas, esas obreras, no son tan dignas de respeto como tu hermana? ¿No tienen también padres ó hermano á quienes pueden doler sus extravíos ó ligereza, quizá iniciada por tu culpa? ¿No son hijas de Dios y redimidas en Cristo como tu hermana? ¿Y porque yo respeto á tu hermana y á la obrera inocente, me llamas retrógrado y clerical? ¡Infame!

Mi amigo palideció, rompió el libro, y queriendo besar mi mano, exclamó:

—¡Ni á mi hermana ni á ninguna; ¡Llevas razón!

M. GARCIA SANCHEZ

RÁPIDA

En las grandes borrascas de la vida. ¡cuántas veces pensaba

que me iba á fondo ya, que naufragaba, porque estaba la nave medio hundida!

Y cuando de repente

se disipó el nublado,

¡cuántas veces ví á Dios junto á mi lado diciéndome tranquilo y sonriente:

«Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?»

(Luis Ramde Viu, Barón de Hervés)

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Agradecemos en cuanto valen las frases de aliento y bienvenida que nos dedican nuestros queridos compañeros de brega periodística, al mismo tiempo que su correspondencia á nuestra invitación.

Buenas relaciones entre todos nosotros es lo que conviene para luchar con más fuerza por la causa de la verdad y de la justicia.

«El Vaticano ha destinado medio millón de liras para combatir la esclavitud en la colonia Eritrea. Así se emplea el dinero de San Pedro.»

Por la redención del cautivo y por la libertad del esclavo ha trabajado siempre la Iglesia católica, y confirmando esta verdad frecuentemente se leen en la prensa noticias semejantes á la anterior.

¿Cuándo harán cosa semejante los modernos apóstoles de la igualdad y de la fraternidad?

Con la institución denominada La Obra de la blusa, se inicia en Zaragoza la organización de las damas católicas de aquella ciudad, para entrar francamente en la acción social.

Para formar parte de esta Obra, basta que una señora ó señorita se comprometa á cortar y coser gratis, poniendo el hilo además, una blusa para obrero, cuando menos, cada mes.

La tela la proporcionará la Cooperativa popular de consumo existente en Zaragoza. Con la rebaja de esta compra al por mayor y la generosa colaboración de las damas, los obreros tendrán blusas limpias y baratasísimas.

Deseamos á esta obra el más próspero resultado.

En varios pueblos de Aragón hay sacerdotes que se afanan por fundar obras sociales.

El párroco de Ainzón logró ya fundar

una Sociedad de Socorros mútuos que está muy próspera.

En Mas de las Matas y en Ayerbe se trata de establecer Bibliotecas populares, á imitación de la fundada en Zaragoza por la Caja de Ahorros de la Inmaculada Concepción.

En otros se trabaja por organizar el crédito popular para combatir la usura.

No lejos de Calatayud hay una humilde localidad en que se está ensayando un Sindicato de compras en común, y se prepara un Patronato con muy buen sentido y grandes esperanzas.

Mr. Jolin Phillimore, profesor de Literatura griega en la Universidad de Glasgow, se ha convertido al catolicismo. Este suceso es objeto de los comentarios de la prensa inglesa y norteamericana.

LOS NIÑOS FUMADORES

Varios miembros del Parlamento inglés se han alarmado del abuso que del tabaco hacen los niños, que compran cigarrillos de muy mala clase y contraen desde la edad de seis á siete años el hábito de fumar, como se ve con frecuencia por las calles de Londres y de otras grandes ciudades inglesas.

Mr. Ricardo Riss, apoyado por varios colegas, ha presentado un proyecto de ley para prohibir la venta de tabaco á los niños de diez y seis años. En caso de contravención, serán multados los vendedores y los padres de los fumadores. Este proyecto de ley ha sido, en general, bien acogido por la opinión pública en Inglaterra.

Esta medida responde á un alto sentido de protección higiénica á la infancia.

Está comprobado, en efecto, por los informes de reputados médicos higienistas y por el resultado de estadísticas recientes, que los casos de intoxicación crónica producida por el tabaco, son cada vez más frecuentes en los niños.

El corazón es el órgano que primeramente se afecta; el pulso es rápido; la debilidad de ese órgano se acentúa de un modo peligroso; el aparato digestivo se altera, y la vista sufre también trastornos muy pronunciados.

En los casos agudos, afortunadamente raros, los estragos son aún mayores.

Precisamente, en el mismo día en que se presentaba al Parlamento inglés el «bill» á que nos referimos, un Jurado entendía en la muerte de un niño de once años, que había sucumbido víctima de la nicotina, después de haber fumado algunos cigarrillos.

Si el niño fumando es un atentado á las buenas costumbres, es á la vez un peligro de generación, por lo que el hábito influye en la salud, y porque así lo cree la Comisión que en Inglaterra entiende en las causas determinativas de la degeneración física del pueblo inglés, es por lo que ha presentado el «bill» de que hablamos.

¡PÍCAROS FRAILES!

Por celebrarse en estos días la Conferencia de Algeciras, es muy de actualidad la siguiente noticia:

«Un fraile, el P. Pedro Sarrionan, misionero apostólico en Marruecos, ha compuesto una *Gramática de la lengua rifeña*. El misionero es español. El libro escrito en castellano, primero que de su índole se hizo, significa un detalle de cultura de mucha trascendencia. Ya tiene, pues, España, sobre aquel tablero del Atlas, Legación intelectual.»

La publicación que nos transmite esta noticia reconoce que este libro de un fraile

español es un faro que de pronto se enciende más allá del Estrecho; es una obra completa; abarca hasta el detalle; lo cataloga, lo determina y lo analiza; es la producción de una inteligencia grande. Su pasión por el estudio, por la doctrina, por la civilización y por la patria forman el núcleo de sus amores predilectos.

Si de tal manera trabajan y han trabajado siempre los frailes en sus misiones, por la civilización y por la patria, si esa es la historia de las Ordenes religiosas, como lo reconocen hasta sus enemigos ¿qué concepto han de merecer los que las injurian y las calumnian faltando á sabiendas á la verdad?

Y á propósito de frailes; un periódico alemán que se imprime en Shanghai, publica un razonado artículo sobre la cuestión agraria de Filipinas recordando que los ricos y productivos cultivos de los países del Archipiélago filipino son debidos á la iniciativa y á los esfuerzos de los frailes españoles. El autor demuestra que después de la marcha de los frailes, las más hermosas haciendas están hoy abandonadas y desiertas.

«Las inmensas tierras, dice, que bajo la inteligente y celosa dirección de los frailes alimentaban centenares de millares de familias, no encuentran comprador. Hasta ahora sólo 188 personas han comprado cada una 40 acres con la obligación de cultivarlos.»

El autor deduce que los intereses económicos de la población, defendidos y cuidados en otro tiempo por los frailes, están hoy subordinados á algunos agitadores políticos egoístas y á los negociantes llegados de América. El periódico que esto dice se publica en un país radicalmente protestante.



El excelente periódico de París, *La Croix*, anuncia en su número del 6 de Enero, que el gobierno ruso, queriendo poner un freno á la propaganda socialista y revolucionaria, que hace horribles estragos en la Polonia rusa, acaba de autorizar á los Padres Redentoristas á establecerse en dicho país, para que por medio de las Santas Misiones (que son el fin principal de su Instituto), prediquen contra tan funestas doctrinas, y fortalezcan á los pueblos en sus creencias y convicciones religiosas.



REGALO DEL MIKADO Á LOS CATÓLICOS.—El Emperador del Japón ha regalado un gran espacio de terreno para la construcción de la Catedral católica de Tokio. La Congregación de la Propaganda está recaudando fondos para los gastos de edificación de dicho templo.

La obra de los religiosos españoles en Filipinas

El general americano Mr. Leonard Wood, ha dicho en el Boston Transcript, lo siguiente:

«Los españoles han hecho por los filipinos más que cualquier otra nación colonizadora por un pueblo oriental. España les dió sus ideas, sus principios, su Religión, su idioma y su cultura, no superficialmente, sino penetrando en el alma de los indígenas. No obstante ser los filipinos malayos, nada tienen de común con los malayos. En lugar de la verdadera barbarie, el canibalismo y la idolatría, España implantó el catolicismo que ahora profesan las nueve décimas partes de la población, y elevó la condición social de la mujer, que no es casi una esclava como en otros países orientales, sino la señora de su hogar. La labor realizada en tres siglos por los religiosos españoles es admirable, y no puede dejar

de excitar nuestro aplauso. Y á pesar de las muchas dificultades con que tropezaba, España continuaba su obra de cristianización, cuando la hicimos la guerra. Entonces empezaba á llevar su civilización al interior de Mindanao, por cuyos rios y lagunas surcaban ya los cañoreros españoles, que fueron echados á pique cuando la evacuación, y que ahora yo me cuido de poner á flote. Nuestro pueblo no puede apreciar en toda su extensión la deuda que hemos contraído con España. Supongamos que hubiéramos tenido que habérmolas con un pueblo salvaje como el que se encontró España á su llegada á estas islas. Nuestra situación sería mucho más difícil. Pero ahora nos encontramos con un pueblo cristiano, y con estos cimientos podemos levantar un buen edificio. Por este hecho podéis apreciar en cuán alta estima tengo yo á España como potencia colonizadora.» Esto lo publicó hace poco «El Imparcial», el cual seguirá, no obstante, combatiendo con furor satánico á las Ordenes religiosas.

CASOS Y COSAS

LIBERTAD

—¿Sabes lo que te digo? Que hoy no vas á la fábrica á trabajar; tienes que andar de huelga con nosotros.

—No puede ser, Antonio, no puede ser; mi familia necesita de mi jornal para comer y las huelgas no dan pan.

—Pero hacen comprender á esos burgueses á esos tiranos, que también tenemos nuestros derechos, que somos temibles cuando nos imponemos; que somos libres para obrar como se nos antoje, ¿estás?

—Por lo mismo, tú anda de huelga, si quieres, que yo quiero trabajar.

—Te repito que no irás á trabajar porque te rompo las muelas.

Epilogo.—Golpes, sangre, un hombre al hospital, otro á la carcel y... ¡Viva la libertad!

IGUALDAD

Lugar de la acción, la universidad de los vicios: la taberna.

—¡Que hable el Tuco! ¡Que hable el Tuco!

—Hablaré, compañeros; hablaré con razones de más peso que una tonelada de dinamita. Yo no he estudiado por esos libros donde estudian los hijos de los ricos, pero sí he estudiado por el libro de la razón, el único que dice la verdad, el que *dinifica* al hombre, el que todos llevamos en nuestro individuo. Ese libro me dice, y yo os lo digo á vosotros, que no debe existir la desigualdad social; que todos los capitales y todas las inteligencias deben ser iguales (*¡Eso, eso!*), que todo es de todos, porque yo cavilo, con Colón, que la propiedad es un robo y que lo que tienen los ricos es robado á los pobres; ¿no es así? (*¡Sí, sí!*). La humanidad aconseja que quien tenga *dos perras* las reparta con el que no tenga ninguna y que el que tenga un caballo, pongo por caso, lo divida con el que no lo tenga. (*¡Bien, bien!*) ¿No es esto la pura realidad? (*¡Sí, sí!*) Pues he dicho. (*Aplausos.*)

El orador, terminado su discurso, empie-

za á repartir vino á los compañeros, mediando los vasos, en tanto que para él lo llena hasta derramar, y... ¡Viva la igualdad!

FRATERNIDAD

—Sí, señor; todos debemos amarnos como hermanos y ayudarnos en nuestras necesidades, trabajando los unos para los otros, y si, pongo por ejemplo, yo te falto á tí en algo, debes dispensármelo, como yo te dispensaré si tú me faltas.

—Hombre, es verdad; y tiempo es ya de que me vayas pagando aquel piquillo que me debes, porque me hace mucha falta.

—¿Qué piquillo te debo yo?

—¿Ya lo olvidaste? Las cinco pesetas que te presté la vez pasada cuando te echaron del taller.

—Yo no te debo nada.

—¿Que no me debes nada?

—Ni un céntimo.

—Eres un tramposo.

—¿Yo un tramposo? Espera.

Salen á relucir las navajas; los amigos del uno y del otro se dividen en dos bandos; la lucha se hace general, y... ¡Viva la fraternidad!



“EL AMIGO DEL POBRE”

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena)..	4 » al »
50 » (25 » »)..	2 » al »
24 » (12 » »)..	1 » al »
10 » (5 » »)..	0'50 al »

Paquete certificado 0'25 de pta. más.

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón